

Así y así. De repente estamos aquí, de repente no estamos, Valéry lo dijo mejor: somos el sentimiento de serlo todo y la evidencia de no ser nada. ¿Por dónde sigo entonces, inconcluso y fragmentario como soy? ¿Por la vejez o por la niñez? ¿No es lo mismo? La tierra dicen que gira pero yo sigo inmóvil. Inmóvil de puro desinstalado y vertiginoso. Es que no soy del vecindario: ni de aquí ni de allá. Por eso me han dicho anarca tantas veces. Anarca y no anarco, como se dice geómetra y no geómetro. Aunque soy fiel hasta la monotonía. Vuelta y vuelta a lo mismo de lo mismo. Metamorfosis de lo mismo. Otra cosa que soy es que soy lafkenche, es decir costino, del sur del Golfo de Arauco, y vengo del carbón. Del carbón pariente del diamante, pero no tēman. No les voy a leer ese poema «Carbón», ya los dejé hartos hasta el hartazgo con el otro. Así me lo dijo el otro día con algún alcohol y alguna chispa de droga uno de esos espectadores que se sientan al fondo como ocultando su frustración en la farsa de esas lecturas públicas. —«Viejo retro, me gritó desde ahí, ¿hasta cuándo aguantaremos tu poesía que no se entiende? Devuelve el Premio Nacional» —«No es mala idea, le respondí. Eso lo hizo Sartre con el Nobel. Pero qué hago entonces con el Reina Sofía, con el José Hernández o el Martín Fierro de Buenos Aires, o el Octavio Paz de México». ¡Los Premios: la fanfarria!

Y otra cosa: no se fastidien con mi sintaxis deshilachada. Me sale así, como respiro. No ha mucho anduve en Lebu donde nací. Y donde sigo naciendo aunque parezca raro. No es que Lebu sea Comala pero es el mundo. Si no hay Lebu no hay mundo y qué le voy hacer. No es cosa de laricidad sentimental, pero «e cosa mentale», ¿se entiende? De aquel río precioso de mis infancias, ya no queda ni río. Parecerá irrisorio pero perdura y está ahí. Lo mismo pasa con el rojerío de los claveles, ya no queda ni padre en esa tumba y siguen rojeando. Allí siguen ardiendo los claveles. La otra vez llevé un huincha de agrimensor para medir mi propio metraje por ahí cerca. Sería bueno anclar en la colina ésa con el arrullo encima del mar y ya libre de smog. Ahí veremos.

Cuando allá por el 88 me preguntaron en la Universidad Libre de Berlín quién era yo y de dónde venía, respondí en un relámpago: «de donde viene uno, si es que viene». «Dos apuestas distintas, insistí, me hicieron éste que soy: la imaginación y el coraje, y —claro— unos libros que habré leído por ahí desde hace siete décadas, unos viajes al norte, al sur, al este y al oeste de esta gran casa de aire llamada Tierra. Y las otras —agregué— que me hicieron son las hermosas, aunque a veces me gustaron hasta el frenesí las pavorosamente feas justo por el fulgor de las erratas, las trescientas a la vez, sin las cuales no hay costilla ni por lo visto oxígeno». Más adelante, el 96, cuando el lanzamiento en Valparaíso de *Río Turbio*, uno de

mis últimos libros, impreso en Valdivia por Kultrún y Barba de Palo, propuse otra clave más temeraria: «No es cierto que los poemas de amor se escriban únicamente a los 20 años. Yo los sigo escribiendo». ¡Cosas que uno dice para situar el juego! «¿Qué se espera de la poesía sino que haga más vivo el vivir?».

Íbamos en que, de mis 26 libros, yo he escrito un solo libro: que viene a ser mi cantera. Total no dije nada del oficio mayor. Ni aclaré lo del relámpago cuando descubrí el ritmo a los 6 años desde el centelleo y el parpadeo del vocablo heraclíteo en lo tetrasilábico y esdrújulo del Mundo. Ni deslindé la oralidad de la criptidad. Ni leí las 11 líneas de mi texto *Al silencio*, ni mi *Qué se ama cuando se ama*, ni mi *Qedehím Qedehót*, ni mi *Almohada de Quevedo*, ni mi *Carbón*, ni mi *Ochenta veces nadie*, ni mi *Carta del Suicida*, ni ninguna de mis otras cartas tan bellamente descifradas por Cedomil Goic, ni los tres o cuatro papiros que quedarán después de mi después. –Sí, le dijo esta vez Neruda por su nasalidad encantadora a un amigo común para que a su vez me pasara el veredicto fraterno: «No es malo este Gonzalo pero escribe poquito». Opción única para mí ligeramente penderciera. «Dile a Pablo que él es lo que se dice un genio pero que escribe demasiado». La humorada lo hizo reír. –Por nuestra respectiva salud, me dijo socarrón al otro día alzando alta la copa en el reencuentro. Risa entre hermanos es resurrección.

Alguien me sugirió que hablara de la *inventio*, de la *dispositio* y de la *elocutio* en mi propio ejercicio. Que lo haga Marcus Fabius Quintilianus. Déjenme con mi Ovidio, mi Horacio, mi Catulo. Además vengo llegando de nuestra España en este instante, hará apenas diez minutos, casi cayendo del Iberio apocalíptico. Salí el 3 por la noche y hoy es apenas 4. ¿Qué más voy a decir? La Reina estaba bien. Otra cosa es el Premio.

Se me excuse el tono. Aquí no corre el de la cátedra, ni el seso del rigor, antes bien la ventolera imaginaria.

Año raro este 2002, ¿me iré a morir de tanto y tanto vuelo? Ahí voy volando disparado. De dónde a dónde, la pregunta es ésa.

De todas las ciudades predilectas, allá abajo está Atenas y ya reservé sábanas en el hotel *Titania*. No habrá dioses en lo más alto de la Acrópolis, pero sí Plaza Sintagma: a escala de la urbe de hoy. Plaza preciosa la Sintagma, se llega en Metro, ¡y ya! No sé griego, sé Grecia, eso lo dijo Alfonso Reyes. ¿Y yo, quién seré yo?

Dos poemas para cerrar, brevísimos, no teman: *Daimon del domingo*, escrito en Austin Texas y *Asma es amor*, una suerte de balbuceo con asfíxia y todo, en el cementerio de Chillán de Chile entre Arrau y esa mujer que amé.

«Daimon del domingo»

Entre la Biblia de Jerusalén y estas moscas que ahora andan  
ahí volando,

prefiero estas moscas. Por 3 razones las prefiero:

- 1) porque son pútridas y blancas con los ojos azules y lo procrean  
todo en el aire como riendo,
- 2) por eso velocísimo de su circunstancia que ya lo sabe todo desde  
mucho antes del Génesis,
- 3) por además leer el Mundo como hay que leerlo: de la putrefacción a  
la ilusión.

«Asma es amor»

Más que por la A de amor estoy por la A  
de asma, y me ahogo  
de tu no aire, ábreme  
alta mía única anclada ahí, no es bueno  
el avión de palo en el que yaces con  
vidrio y todo en esas tablas precipicias, adentro  
de las que ya no estás, tu esbeltez  
ya no está, tus grandes  
pies hermosos, tu espinazo  
de yegua de Faraón, y es tan difícil  
este resuello, tú  
me entiendes: asma  
es amor.

